



URBANITAS SALVAJES DEL



FRANCISCO PÉREZ ARNEDES

URBANITAS SALVAJES
DEL COSMOS

Prólogo

Esta novela está lejos de ser un relato fruto de la casualidad o de un capricho pasajero que un día despertó el ingenio del narrador para dotar de cuerpo y alma a unos hombres y mujeres que gracias a sus palabras siempre estarán vivos mientras se comente o se hable alguna cosa de ellos.

Pretende reflejar un largo periodo de tiempo convulso, denso e intenso plagado de las vivencias de unos jóvenes urbanitas indómitos, que empezaron a vivir una serie de acontecimientos y experiencias nuevas, llenas de sensaciones y emociones que les arrastraron hasta conducirlos a situaciones límites, que en ciertas ocasiones, más de las deseadas, acabaron de forma trágica.

El paso de algo más de tres décadas ha podido ensombrecer algunos de los detalles de sus recuerdos, que estos personajes han guardado ocultos dentro de sus respectivas memorias. No obstante, siempre hay algún joven nostálgico, como Sugar, que siente la curiosidad de saber cómo se encuentran sus antiguos colegas de saraos. Él tiene en su mente la idea de volver a revivir aquella maravillosa época de principios de los años setenta hasta los primeros años ochenta. Sin embargo, a medida que se van produciendo los encuentros, van apareciendo casos y comportamientos que removieron los cimientos desde donde fueron

construyendo sus jóvenes vidas, que afrontan desde su presente para ir desvelando algunos de los secretos íntimos mejores guardados, como si se trataran, en el sentido metafórico, de viejos atuendos encerrados durante años en sus respectivas consciencias, que irán aflorando durante sus conversaciones para hablar de los sucesos acaecidos, además de revisarlos desde los distintos puntos de vista que los observaron y todos ellos como si fueran unos artistas que trataran de pintar unos cuadros con distintos tonos tanto de luces como de colores.

La autenticidad del relato con los sucesos que se narran está patente pero, para no levantar ciertas susceptibilidades, los personajes aparecen con los nombres cambiados e incluso los mote. Las historias que se cuentan quieren reflejar la dureza que les tocó vivir a muchos jóvenes inexpertos y faltos tanto de experiencia como de conocimientos del mundo que formaba aquella sociedad que resistía, con preocupación y una gran dosis de miedo, a los cambios que se vislumbraban en el horizonte tardofranquista y que irremediamente sucedieron día tras día, mes tras mes y año tras año, hasta que muchísimos de estos jóvenes sucumbieron absurdamente ante un tsunami silencioso llamado heroína que los barrió para que desaparecieran prematuramente de esta jungla asfaltada que era su ciudad.

El reencuentro

Un día claro e iluminado por la tenue claridad del sol, que emitían los haces de luz del astro rey en los primeros días del mes de febrero, que querían anticiparse y precipitarse para abrir las puertas de la tan esperada y deseada primavera, Sugar iba caminado mientras pensaba y tarareaba un tema del grupo de música pop de los setenta, The Cats, concretamente la canción «Let's Dance», que tan gratos recuerdos le aportaban con el sonido pegadizo de su melodía, y que ciertamente se había instalado dentro de su memoria martillándole dulcemente su cerebro, como cuando la escuchó varias veces el día anterior, después de tanto tiempo. Además de deleitarse también con alguna que otra de las diversas canciones que estaban de moda en los años de su primera juventud, que durante aquel tiempo, como a lo largo de toda su vida, le habían acompañado y que ahora seguía recibiendo interiormente su sonido como si realmente las pudiera sentir reproduciéndose de nuevo girando en el tocadiscos interior, donde la aguja imaginaria rayaba una y otra vez los surcos del vinilo en el interior de su cabeza sin parar.

Mientras él caminaba, iba reflexionando acerca de la teoría que afirman los psicólogos que argumentan que esta era la mejor manera de pensar y reflexionar para encontrarse con uno mismo,

y también para recordar, mientras continuaba dando pasos por las mismas calles de la ciudad que durante tantos años había transitado. Observaba atentamente con los ojos bien despiertos todas las novedades que se habían producido en los edificios que se le iban presentando.

Además, también era consciente del cambio evidente que se había producido en el aspecto urbano, que unas décadas atrás tenía la confluencia de la gran avenida del centro, que en la mayoría de las ocasiones estaba repleta de gente con la circulación constante en ambos sentidos de los vehículos. Este lugar era donde se desarrollaban la parte más importante de las compras que ofrecía la frenética vida comercial y era el epicentro de las relaciones sociales de la gente de los diferentes barrios de la ciudad que concurrían y solían transitar por ella.

Estos lugares y sus calles adyacentes con sus diferentes locales eran, y algunos de ellos todavía por suerte siguen siendo, el centro neurálgico de los encuentros y, por supuesto, del intercambio de la comunicación.

«Es decir, sería como si el lugar por el que ahora camino — pensaba Sugar— se tratara del corazón que bombea su sangre gracias a su energía y las calles que van apareciendo y quedando atrás mientras continúo avanzando hacia el sitio donde me dirijo, sus arterias. Venimos a ser las personas que transitamos por ellas, agitándolas con nuestra circulación dentro del concurrido bullicio que se produce con los continuos trasiegos y las relaciones que aparecen y también se desvanecen para seguir dotando de sentido la existencia humana que tanto necesitan las diferentes personas del conglomerado de la sociedad que la conforman».

«Recuerdo — pensaba mientras intercambiaba Sugar sus palabras con sus pensamientos— cómo, a pesar del tiempo transcurrido, se movían y transitaban entonces por estas calles repletas

de gente y conducían a ese hervidero de efervescencia lleno de vida, bullicio y color. En la actualidad continúa el ajetreo, aunque es algo menor, ya que los locales dedicados a los negocios del ocio, sobre todo las discotecas y las salas musicales, perdieron la batalla de su presencia por el excesivo ruido que producían, además de los continuos conatos de enfrentamientos que ocurrían en el interior de los locales frecuentemente. Con aquellos encontronazos y las duras peleas que se producían y que en más ocasiones de las que hubieran deseado los propietarios acababan trasladándose al exterior, aumentaron las quejas de los habitantes por los ruidos y finalmente las denuncias se transformaron en las manifestaciones multitudinarias llenas de quejas para evitar que continuaran los enredos callejeros.

Asunto este que finalmente acabó por resolverse, ya que los invitaron, por decirlo de una forma amable, a que se fueran desplazando de este lugar privilegiado hacia la periferia. Con estas supuestas amables decisiones se primó el uso y compra de los vehículos particulares para desplazarse, cuando anteriormente se podía acceder a los locales de fiesta utilizando el transporte público o simplemente andando. Con estas decisiones se favoreció, con la especulación inmobiliaria, a transformarlos en grandes y atractivos centros comerciales.

La transformación urbana *versus* especulación es tan evidente que me hiera la mirada cuando la miro desde este presente y observo cómo obscenamente han logrado convertir sus calles en centros de compra exclusivos. Negocio, palabra que se opone al ocio. Instantáneamente acudieron a mi pensamiento y se pusieron en funcionamiento los recuerdos de la etapa donde transcurrieron gran parte de los años más felices durante las primeras aventuras de mi juventud. Aunque estos periodos estaban llenos de una bisoñez imperante y faltos de pericia, a la misma vez que de mucha experiencia.

Gratos recuerdos acuden como antes, más, si cabe, ahora que entonces, y que con tanta pasión e ilusión los llegué a vivir. No obstante y estoy casi seguro de que también otros muchos de todos aquellos jóvenes vivieron y compartieron diferentes experiencias mientras frecuentaban y se movían frenéticamente por aquellos tiempos tan convulsos en la enorme tarea del descubrimiento de una existencia nueva llena de inquietudes e incertidumbres que les despertaba y los invitaba para que los hicieran partícipes de la maravillosa aventura de la vida, y para sentirse además miembros activos de la misma.

Mientras seguía dando pasos iban apareciendo ante mi mirada nostálgica los nuevos locales. Estos, gracias a mi imaginación, se me aparecían ahora como si fueran una atrevida especie de voraces monstruos que se hubieran transformado en unos colosales dinosaurios depredadores obscenos, que habían devorado a los antiguos negocios, que en su día a día fueron una parte muy importante del cuerpo y del alma de esta ciudad. Aunque ya entonces la ciudad comenzaba a dar señales inequívocas de empezar a ser un poco más dura e implacable cada día, también no es menos cierto que era mucho más amena y tenía cierta cordialidad, porque era mucho más cercana en el trato y en las relaciones sociales, y ciertamente mucho menos individualista de lo que es actualmente y, además, conservaba y gozaba de cierta empatía gracias a la gente que se movía por ella».

Durante el transcurso del paseo, Sugar puso en funcionamiento la máquina del tiempo que posee el cerebro humano a la cual nos referimos como memoria, que gracias a nuestras neuronas nos ofrece la oportunidad de poder volver a sentir y vivir sensaciones que son factibles mentalmente, ya que físicamente son casi imposibles de llevarlas a término por los cambios irremediables que se producen en este teatro del mundo a cielo abierto que es su estimada ciudad, en el que cada día se abre el

telón con la salida del astro rey lleno de luz y se cierra con la puesta de este para dar paso a la oscuridad, que es, por describirla amablemente, como si ella se tratara de una señora encargada que va cerrando el telón con sigilo para que se impongan las sombras, y que de nuevo, inmediatamente después de transcurridas unas horas, se vuelva a abrir con la nueva llegada del alba y así los actores continúen actuando como los principales protagonistas. Es decir, que siempre se actúa en esta obra que es el mundo mientras una persona está viva. Hasta que un día desconocido, por suerte, estos actores dejan repentinamente de actuar y los que por desgracia se ausentan de las escenas cotidianas que se producen en este devenir ajetreado sin pausa siempre siguen o continúan vivos mientras se les recuerde o bien, en el peor de los escenarios, se hable amablemente de ellos de hechos o de actuaciones algo menos decorosas.

De esta manera, mientras continuaba caminando, fueron apareciendo por su mente toda clase de personajes a los que conoció, tal y como eran entonces. Él estaba ensimismado pensando: ¿qué sería de ellos?, ¿por dónde andarían ahora?, ¿a dónde fueron a dar con sus huesos?

Actualmente algunas de estas personas se han convertido con el paso del tiempo en hombres y mujeres de edad avanzada, mujeres y hombres adultos que un día fueron jóvenes. Sugar reflexionaba como entonces llegó a convivir con chicos y chicas de ilusionantes inquietudes; estos jóvenes inquietos se enfrentaron a todos los retos que se les fueron presentando por delante para llegar a convertirse en adultos con responsabilidades.

Miraba a los nuevos locales, con la imagen transgresora dentro de sus agitadas pupilas, como si se trataran de unos violentos usurpadores implacables, que le fueron conduciendo hasta llegar al actual bar Niágara Falls. Está situado en una amplia y céntrica plaza, a unos seiscientos metros de la antigua y coqueta plazoleta

de Santa Eulalia. La amplia plaza donde está situado el Niágara está rodeada por grandes árboles de hoja caduca que ahora en este frío mes del invierno todavía saludan con sus ramas desnudas, esperando que aparezcan los primeros brotes que tímidamente empiezan a dar alguna muestra con su presencia. Sugar, mientras continuaba dando pasos, pensaba al acercarse a ellos, sosteniendo un diálogo interior, reflexionando y mascullando palabras, diciéndose a sí mismo, para convencerse, que era un ser con suerte mientras gratamente le sorprendía la naturaleza de estos majestuosos plataneros por su grandeza, aunque practicaran el nudismo mostrando sus troncos sin hojas.

Iba observando a unos escasos diez metros de estos gigantes con detenimiento la variedad de los llamativos colores que presentan las grandes y diferentes tiendas de los nuevos comercios con sus escaparates atractivos bien decorados que atraen y capturan las miradas de todos aquellos que pasan por delante de ellos, como si los transeúntes fueran unas pesadas moscas curiosas.

«Estos engalanados reclamos al mismo tiempo son o actúan como si en realidad fueran unos tiranos inclementes que esclavizan con sus llamativos encantos mientras intentan —pensó Sugar— seducirme para atraparme definitivamente en sus atractivos señuelos. Además de ofrecerme toda la moda de rabiosa actualidad, parece difícil de detener este voraz consumismo, ya que han logrado seducir y dar paso a una clientela mayormente foránea, que ciertamente dieron al traste con aquel modelo del comercio de proximidad. Este finalmente acabó lentamente hincando las rodillas para acabar claudicando, ya sea debido a la edad de sus antiguos propietarios, o bien al poderoso don dinero que les ofrecieron como una especie de maná inesperado y caído del cielo, que les asegurara su vejez. Y estas dos premisas, unidas en la mayoría de las ocasiones a la negación de sus vástagos para continuar con los negocios, fueron las razones de peso que defini-

tivamente acabaron por engullirlos para extinguirlos tal y como eran definitivamente, y para transformarlos en aquellos que son hoy y que han dado paso a una muchedumbre anónima y un tanto animada que circula por sus calles los días laborables, para cambiar radicalmente el panorama cuando cierran sus puertas los comercios, y parecerse más al panorama desolador de la antigua celebración de la oscura Semana Santa de hace más de cuatro décadas. Es en lo que se convierten sus calles los fines de semana nocturnos y días festivos. Sin olvidar hacer mención, especialmente, los domingos por las tardes. Que actualmente parecen como si se tratara de unas impersonales comparsas anónimas y los he observado y observé amablemente con atención. Esta es la visión que tengo cuando los veo y que aparecen ante mi mirada como unos seres autómatas, como si por sus calles concurrieran o pasearan una especie de comitiva de peregrinos desconocidos entre sí, ya entrados en años, que anduvieran un poco despistados sin rumbo fijo mirando con los ojos atónitos escaparates e incluso deambulando con la vista perdida o despistada en sentido ascendente y descendente, realizando una repetitiva pérdida de tiempo como distracción, llena de apatía con la que ocupar sus horas ociosas, como si el personal en realidad intentara vanamente quemar su valioso tiempo.

Sin embargo, por suerte soy de la opinión de que aún resisten oasis como el Niágara Falls en pie para intentar evadirse del desierto en el que se convierte la jungla de esta ciudad antes de que agonice el día que da paso al inicio de otra nueva semana.

El Niágara Falls, por cierto, posee un encanto más bien austero, pero muy bien situado estratégicamente entre una calle secundaria que desemboca en esta plaza céntrica muy concurrida y llena, eso sí, de gente anónima que pasea y se mueve de un lado al otro. Su terraza exterior está llena de mesas de color blanco acompañadas de unas sillas amplias y cómodas de un color

oscurecido que me recuerda el tono del ébano, casi negras, que ambas se guarnecen de las inclemencias de la naturaleza con unos amplios parasoles de color beige, ahora recogidos para captar la tenue luz de febrero. El recinto exterior que ocupan está delimitado por unas jardineras de piedra de un color crudo con unas figuritas en relieve con caballos enérgicos ceñidos a unos carros que sostiene a unos desafiantes jinetes, que llevan una especie de casco puntiagudo, y que participan en una carrera frenética y desbocada. Estos maceteros que contienen unas plantas de color verde claro llenas de una vida sosegada contrastan con el relieve amenazador del decorado. Estas hojas de trébol que sobresalen un poco para guardar cierta intimidad crean un espacio intimista. Y al mismo tiempo todo este conjunto minimalista lleno de cierta armonía te ofrece la oportunidad de contemplar el ajetreo y los movimientos que se producen constantemente a su alrededor.

Todo el entorno en sí tiene un encanto especial para disfrutar de una buena compañía consumiendo una bebida acompañada de alguna tapa mientras conversas con las amistades sobre diferentes temas o con alguna persona interesante. También garantiza la posibilidad de reflexionar con la mirada absorta. Asunto este que también llaman o atraen poderosamente la atención los transeúntes que circulan delante del Niágara, que ciertamente ocupa una parte importante del espacio de esta plaza tan concurrida, y que en los días templados o buenos su terraza está tan repleta que resulta difícil acceder a una mesa del local. En las horas punta de los fines de semana está tan abarrotada que hace casi imposible la misión de acceder no ya a una mesa, sino a la barra del bar.

Una puerta grande de madera de caoba flanquea su entrada que da acceso seguidamente a su larga y estrecha barra de mármol blanco jaspeado de puntitos azules y grises que le dan un toque distintivo que incluso parece hasta señorial. Sus ocho mesas bien

distribuidas a lo largo del perímetro y sus tres mesas alargadas al final del local ofrecen ciertamente un confort que le proporcionan una cierta intimidad reservada, gracias también a un separador de bambú con pinturas que representan escenas de geishas vestidas con el típico vestido oriental de los kimonos de colores blancos y rojos que lucen junto a sus peinados con una especie de cintas que recogen sus gruesos moños negros tradicionales.

Sin embargo, qué diferencia entre el actual Niágara Falls y el antiguo añorado Tropical, que era como se llamaba hace más de dos décadas y media el local, que disponía de mucho menos espacio cuando se llenaba de clientes, porque creo recordar que tenía cuatro mesas más, pero menos espaciaosas, y su barra estaba casi siempre tan colapsada de gente conversando con su tono de voz alta mientras degustaban su excelente vermut casero o la exquisita cerveza de barril, dando además los clientes asiduos buena cuenta de sus tapas consumiendo especialmente su famoso plato de pulpo a la gallega o bien esperando para ser atendidos entre tanto jolgorio ensordecedor. Allí, después de una llamada telefónica de mi *smartphone*, había quedado con David Limones, al que todos sus conocidos lo llamábamos cordialmente por «Phil». Una especie de enciclopedia andante que es este buen amigo desde los primeros años de nuestra añorada juventud y que, además, posee el plus de que siempre fue un meticuloso conocedor de todo aquello que sucedió desde los primeros años setenta en el ambiente fiestero de la ciudad.

David estuvo dentro de todas las movidas, ya que continuó moviéndose durante mucho tiempo e incluso, por lo que me han contado de él, se dilató casi hasta la actualidad. Quizás por eso ya entonces lo rebautizaron como le solían llamar algunos envidiosillos «la rata de biblioteca». Un tipo curioso e inteligente, sí, que siempre fue el bueno de Phil. Que podría haber sido y llegado aún más lejos si hubiera querido dedicarse en serio al periodismo

para convertirse en un reportero fantástico o quizás, por qué no, en un escritor de éxito, ya que apuntaba buenas maneras desde muy jovencito. Él era ya por aquel tiempo un curioso sagaz que le gustaba indagar hasta encontrar el punto más enmascarado y oculto que se le pusiera por delante como reto personal. No obstante, pienso que seguramente sería un paparazzi, más bien discreto que sabe guardar muy bien los secretos, como si aquello que él conoce o le han contado se tratara de un tesoro que le fuera entregado para que lo custodiara con todo su celo. A pesar de que nadar y guardar la ropa es muy difícil para un profesional que se sustenta de contar las intimidades de los demás.

Sin embargo, con la idea de celebrar una fiesta de las de antes con la música y la gente de aquellos años, seguramente él, que conocía y además sabía tantas y tantas historias que sucedieron llenas de anécdotas de todo lo acontecido, sería una fuente de información y, como no, un polo positivo de atracción para que se llenara de buen espíritu, o de buen rollo como se dice ahora, para que acudieran muchos de aquellos integrantes de los saraos fiesteros. Y, que una vez transcurrido el tiempo como el buen vino que cuando se paladea lentamente y se consume con placer acaba por desatar la lengua si el que se deleita con este se excede, así, cuando el néctar que ofrece el dios Baco gracias a la música y el alcohol le da rienda suelta al espíritu, una vez liberada la conciencia del alma para que se puedan rememorar y contar las cosas, los casos y las anécdotas que sucedieron, y, que actualmente estaban llenos de telarañas, ocultos en los viejos divanes del interior de los diferentes cerebros que nos pudieran acompañar».

Sugar, seguidamente, ya acomodado en una mesa del fondo del Niágara, se sorprendió gratamente al ver entrar a Phil con su aspecto desgarbado de siempre, pero raudo observó, mientras se acercaba su viejo amigo, algunas pequeñas señales de pliegues evidentes que aparecían en su semblante, además de algún que

otro inconveniente en sus maneras de andar, que fue mostrando a medida que se acercaba y asomaba la lentitud que ciertamente demostraban sus pies, que se movían con ciertas dificultades mientras avanzaban y se resistían a mostrar sus debilidades. Estos pequeños achaques ahora desvergonzadamente querían mostrarse intentando con la lucha inútil de su cuerpo conseguir disimularlos para intentar evitar mostrar las huellas que producen el paso del tiempo. Venía él cuando accedió al local en compañía de un hombre de aspecto cansado con el rostro un poco envejecido que mostraba su cara redonda de facciones muy marcadas por algunos de los pliegues arrugados bien definidos sobre todo los de su frente, acompañada de su escaso pelo rizado entre unos tonos blanquinosos grisáceos que lucían un peinado hacia un lado que intentaba inútilmente disimular su incipiente falta de cabellos. Mientras se iba acercando, Sugar desconocía de quién se trataba, pero fueron sus ojos verdes parduzcos de mirada viva los que a toda velocidad despertaron dentro de su pensamiento, el recuerdo, al observar nuevamente aquella mirada de vivales pícaro y un poco malnacido, que después de un saludo gesticular con la ayuda de su mano izquierda acompañó su voz seca con la palabra «hola» escueta del timbre que emitía la voz del acompañante del Limones.

Le confirmó, para su memoria, que se trataba del Machaca. Phil entonces inmediatamente le preguntó a Sugar:

—¿Sabes quién es este perla?

En ese momento se levantó para saludarlos y seguidamente con un gesto de acogida cordial después de estrecharles las manos los invitó a sentarse casi al mismo tiempo, para responderle a Phil, con otra pregunta.

—¿Quién va a ser, Phil? —porque si bien en un principio desconocía de quién se trataba, hasta que el destello de su mirada canalla acabó por desenmascararlo mientras lo iba observando,

para seguidamente responder con una certera animación efusiva: el Machaca, el Machaca de toda la vida.

Él, con una sonrisa medio entrecortada y al mismo tiempo burlona acompañada de aquella mirada que utilizaba siempre con sus ojos descarados, que por cierto aún conservan algo de aquel brillo destellante del jovencito que fue, a pesar de los muchos años transcurridos, asintió con el movimiento leve pero continuo de su cabeza hacia arriba y hacia abajo y con su tono de voz, que se le escapaba como si se tratara de un hilo sigiloso entre sus labios medio abiertos y le respondió:

—Veo que aún me reconoces a pesar del jodido paso del tiempo, Sugar. Yo te he reconocido nada más verte desde la entrada, aunque ya no luces aquella pelambarrera también peinada. Sin embargo, tu cara y la expresión de tu sonrisa sigue siendo la misma —.

Además le preguntó: —¿Cómo demonios te lo montas para seguir teniendo la misma figura que entonces? Sigues siendo acaso el sacrificado deportista de antes o bien eres un comensal que cierra la boca antes de tiempo para conservar la línea.

—Machaca —le siseó Phil llamándole la atención—, este siempre se cuidó, cosa que tú ya entonces desatendías, porque bebías como un auténtico cosaco, y tus cuatro o cinco medianas caían cada día, además de todos los cubatas que eran tus más fieles compañeros.

—Hablando de amigos —interrumpió Sugar para comentarles seguidamente a los dos mientras los miraba— tengo metida aquí dentro de mi sesera, entre esta ceja y la otra ceja, desde hace algún tiempo la idea de celebrar una fiesta como las de antes con música y bailoteo del bueno, para poder reunirnos de nuevo con todas las amistades de antes. ¿Qué os parece la idea?

El camarero con su presencia a continuación se acercó a la mesa, y preguntó: —¿Qué desean los señores?

—Gracias por lo de señores —y rápidamente Machaca le respondió—. Una estrellita para mí, tú, Limones, lo de siempre, una tónica Finley —mientras mantenía la expresión con su risita entreabierta y socarrona—, pero con un chorrito de ginebra y del limón no te preocupes, que lo pone él —risas y más risas—. Para ti, Sugar ¿o prefieres que te llame por tu apellido Cardona?, un agua Fontier —más risas.

—Machaca, por unos instantes te pareces ahora mismo a Plácido, el gracioso barman del desaparecido Palmeras, que ha resucitado de nuevo.

—Qué jodido era el Plácido —comentó Machaca.

—Por cierto, llámame como quieras, pero si te apetece llamarme por mi apellido Cardona quizás te nombre yo también por el tuyo como cuando asistíamos al colegio: señor Forca. En algunas ocasiones, te recuerdo por si acaso lo has olvidado, se produjeron ciertos malentendidos que provocaron algunos conatos y peleas con tus compañeros, ya que suprimían la r de Forca para llamarte cariñosamente «Foca».

—Cardona, es mejor que me llames Machaca, porque si me nombras por el apellido podría producirse de nuevo alguna confusión o mal entendido, y entonces podría enviarte a la quinta forca o a otro sitio aún más desagradable, es decir, muy lejos de mí, a un sitio donde huele que apesta, aunque te tapes la nariz. Cuando alguien tiene la intención de empezar un conflicto o bien cortar en seco cualquier comunicación o relación, Sugar.

El camarero se marchó con una leve pero insinuante sonrisa en la cual se le podía adivinar que allí se produciría bastante salsa picante en las conversaciones de aquella mesa.

Entonces Phil para quitar o rebajar un poco la tensión que se había producido entre Sugar y Machaca, seguidamente afirmó que la idea de la fiesta era buena. Aunque poco después preguntó, mirando a Sugar:

—¿Con qué motivo, o a santo de qué, Sugar? Quieres organizar una fiesta *remember* después de transcurrido tantos años. ¿Es qué quieres seguir la moda de las fiestecitas *remember*? Ahora que andamos por la vida todos un poco desmejorados, el que más y el que menos, pero que seguramente creo que nadie ha podido burlarse ni darle el esquinazo al implacable paso del tiempo. Será que quizás tú, Sugar, te acuerdas o tienes nostalgia del pasado, porque las fiestas *remember* desde hace unos años aparecen últimamente sembradas por todos los rincones del extrarradio de la ciudad, y además en algunas discotecas y salas de baile lo utilizan como reclamo para celebrar fiestas con la música y las canciones que hace muchos años habían obtenido éxitos muy importantes, y que con toda seguridad actualmente aún se escuchan con bastante frecuencia tanto en las emisoras de radio con programas de música pop retro. Como también en algunos conciertos de cantantes de música pop que han vuelto si es que alguna vez se marcharon. Aunque por desgracia ya hay un cierto número importante de ellos que nos abandonaron y nos abandonan de tanto en tanto. Sin embargo, siempre nos quedan el registro inmortalizadas de sus voces en los discos, para seguir disfrutando de ellos por suerte.

—Es una manera o llámale una excusa —contestó Sugar—, para que volvamos a vernos otra vez de nuevo todos y todas de aquellos asiduos y asiduas que frecuentábamos y nos movíamos por el ambiente del bar Cosmos, y también de todos los sitios emblemáticos del centro neurálgico y los alrededores de la periferia de esta ciudad, además de la gente marchosa de los pueblos de alrededor de ella, que paulatinamente esta urbe ha ido perdiéndole la cara amable por la falta de la presencia de los grupos de jóvenes que llenábamos sus calles con aquella alegría y viveza mientras se movían por la *city* y que por suerte siguen en pie dando guerra.

—Vaya Sugar, ya te ha salido el inglés ligón de la costa a relucir —intervino Machaca. A lo que seguidamente añadió Phil replicándole:

—Aquellas movidas tan lejanas en las que nos veíamos envueltos dejaban mucho que desear para considerarlas amables —continuó argumentando David Limones — porque también tenían la otra cara opuesta y bastante menos amable; por ejemplo, con aquellas trifulcas que habitualmente sucedían, llenas de rencillas, golpes contundentes y heridas lacerantes que conducían en la mayoría de las ocasiones a unos resentimientos plagados de odios, que por supuesto iban acompañados además del excesivo consumo de alcohol, y que en algunas ocasiones acabaron en episodios de venganzas muy desagradables e imprevisibles llenos de la excesiva violencia que los acompañaban. No obstante, qué bien que lo pasábamos, además de lo mucho que nos reíamos. A pesar de que en más de una ocasión las lágrimas se asomaron por las mejillas e incluso a veces corrieran desbocadas por el dolor que sentían y reflejaban nuestros doloridos cuerpos, y qué contaros de nuestros semblantes.

—Así es como se condimenta la existencia de la vida, de lo contrario sería muy aburrida —respondió Sugar para añadir a continuación que un buen cóctel debe tener mezclado un sabor dulce que contraste con un toque diferente, aunque este sea amargo. Como la dulzura de un vermú Martini y la aceituna que lo corona en la copa sostenida por un palillo en un trocito de limón.

—Ese mundo —interrumpió Phil—, se ha ido diluyendo paulatinamente amigos. Si miramos hacia el pasado lentamente nos damos cuenta de que poco a poco se ha ido transformando, casi sin avisarnos en el presente que ahora vivimos, y que gracias al paso del tiempo inexorablemente, ya que sumergidos en la vorágine de nuestras vidas y los problemas que inevitablemente

nos envuelven diariamente nos han distraído sin prestarle la atención necesaria y cuando finalmente nos hemos dado cuenta, ya ha desaparecido o queda muy poca cosa de él.

»Es como si de un bólido de carreras se tratara nuestra existencia, que corre a toda velocidad para acabar una carrera y que mientras está inmerso en ella solo tiene como fin llegar a la meta sin poder ver o pensar en todos los incidentes que ha dejado atrás. Sin embargo, ahora desde el presente en el que nos encontramos, creo que tenemos la sensación, o al menos personalmente la tengo, de que parece que ha transcurrido a toda velocidad nuestra vida como la carrera del bólido. Es decir, que materialmente ha volado, pero cuando uno está inmerso viviendo dentro de la carrera de su vida a toda velocidad ensimismado en su presente y los acontecimientos que ocurren y se suceden tan deprisa sin ofrecerte una tregua o un resquicio de tiempo para pensar o meditar con el objetivo de valorar o rectificar, y ante la impotencia de poder evitarlos, porque los acontecimientos nos desbordan continuamente produciendo un estrés difícil de gestionar, que en ocasiones es muy difícil hasta la simple acción de respirar. Este mismo tiempo en ciertas ocasiones también se puede hacer eterno por lo mal que uno puede llegar a sufrir o a padecerlo en las situaciones desagradables. Pero otras veces en cambio si se goza pasa a toda velocidad como el bólido sin tregua, sin descanso para poder disfrutarlo. Ese estado mágico de supuesta felicidad se escapa de nuestras manos como el agua que quisiéramos retener entre ellas. Así de efímera al parecer es la supuesta felicidad que a todos tanto nos gusta encontrar, y también tanto nos complace recordar, y por este motivo la retenemos en nuestro almacén de recuerdos bien guardada en el que un olor, un sentimiento de alegría o de nostalgia e incluso unas palabras o unas simples notas de una canción pueden despertarla para invadirnos y a la vez nos pueden ayudar a evadirnos para transportarnos de nuevo a

las sensaciones tan apetecibles que forman parte de la existencia vivida por el ser humano que en el fondo todos somos.

—Hablas de la felicidad o del tiempo, como si fueras un jodido medicucho Limones o, mejor dicho, un locuelo científico que puede jugar gracias al arte de sus palabras para moverse hacia el pasado de sus recuerdos y traerlos al momento presente como si las medidas del tiempo se pudieran mezclar en un ir y venir, es decir que tú, Phil, o cualquiera de nosotros tenemos la suerte de poseer gracias a nuestro cerebro, la jodida y tan deseada máquina del tiempo al alcance de nuestras manos para poder jugar y viajar por el tiempo.

—Sí —Machaca, le afirmó a continuación Limones—, esta máquina maravillosa se activa cada vez que hablamos, sentimos o pensamos en experiencias que ocurrieron y que en la mayoría de las ocasiones solo las podemos visualizar interiormente cuando las recordamos. Aunque en muchas ocasiones las disfracemos o las endulcemos e incluso las exageremos deformándolas cuando nos producen un recuerdo menos agradable del que desearíamos.

Machaca, mientras lo escuchaba, intentaba seguirlo con atención, aunque su aparente sonrisa incrédula se fue apoderando de su semblante, y para disimular seguidamente con su mano derecha sujetó a su estrellita con ansias llevándola hacia su boca para darle un profundo trago que refrescase su garganta. Fue entonces cuando Phil le advirtió de nuevo para decirle a continuación:

—Tranquilo, Machaca, abandona el sendero que conduce tu labia mordaz con la utilización del lenguaje que empleas con la ayuda de la verborrea inútil y agresiva, de tu lengua ofensiva y viperina aparcada a un lado conmigo, porque te conozco muy bien y además deberías saber, pero te lo recuerdo por si lo has olvidado, que desde hace muchísimo tiempo atrás soy inmune a las artimañas de los piques que utilizas e introduces con tu aguda

y fina lenguaraz picardía descalificadora. Como cuando anteriormente has utilizado el comentario en el que me has comparado despectivamente con un medicucho o un científico locuelo.

Sugar, en ese momento, para poner un poco de concordia entre los dos les dijo:

—Vamos a organizar una fiesta en la que podamos hablar, recordar y bailar, y bailar, recordar y hablar del pasado, pero también del presente y depende de quien venga seguro que tendremos diferentes puntos de vista de lo que sucedió y de lo que pudo suceder.

Phil intervino para decirle que estas conversaciones se tenían que haber llevado a cabo hace mucho tiempo, para añadir, que nunca es tarde para pasárselo bien si el propósito es bueno. Él continuó hablando:

—Todos hemos cambiado y la prueba más fehaciente la comprobamos todas las mañanas cuando nos miramos delante del que no hace trampas ni oculta nada cuando te observas en él: el espejo. La ciudad también ha cambiado y no obstante parece ser que carece de espejo para mirarse.

—Muy agudo sí, sí que sigues siendo, almirante Limones —comentó Machaca.

Phil desvió por un momento su mirada ante el comentario de su amigo para continuar explicando que:

—Sus calles siguen siendo, o son, las mismas, pero si vienes con coche, por ejemplo, ya debes estacionarlo en las afueras o en los *parkings* subterráneos y venir a pie como cuando éramos adolescentes que íbamos caminando a todos los sitios o en transporte público, es casi impensable actualmente. La idea de la fiesta me parece en principio excelente o mejor dicho maravillosa. Aunque sé que a todo el mundo es muy difícil que le agrade. No obstante, chicos, de nosotros depende en gran parte el éxito para llevarla a buen puerto.

—Vaya, ya le has dado salida a la frase recurrente que tanto utilizabas antes y que ahora siento resucitada otra vez, que la importaste entre otras cosas y frases también de tu estancia en la marina durante el obligado cumplimiento del servicio militar prestado por el almirante Limones, que la tenías y compruebo que aún la tienes tan desgastada como antes de tanto utilizarla, Phil.

—Por cierto, almirante Limones, un marino tan experto como tú, que no sabías nadar, que ironía gasta el destino, ¿verdad Phil? —le comentó con su risita sarcástica Machaca.

—Al menos no corría el peligro de ahogarme en un vaso de combinados —le replicó Limones.

—Menos coñas y sornas capitán Machaca, «El Ángel Nieto de la Relámpago». Ostras, la asombrosa 49 centímetros cúbicos trucada de color rojo. Con el aguilucho aquel que llevabas en el manillar. Sí, ese era el amuleto de protección o mi mascota preferida. La llevé durante muchos años y antes de lucirla en la Relámpago la utilicé en una bicicleta que tenía el cambio de marchas en mis piernas para impulsarla pedaleando. ¡Qué tiempos aquellos! La Relámpago, por cierto, la podía aparcar entonces delante del Cosmos en la pequeña plazoleta que hace tiempo que desapareció su antigua forma para acabar transformándose en la actual.

—Bueno chavales, o mejor os llamo «*boys*» ...

—Ya estamos a vueltas otra vez con el *English* costero, Sugar —le contestó Machaca—. Por cierto, pásame tu teléfono majo, oye y de paso que te la pique un escarabajo.

—Qué simpático e incisivo poeta estás hecho, eres él de siempre, sino dejarías de ser tú. Mira creo que es mejor que me des el tuyo y te hago una llamada perdida, para quedar el próximo viernes y vamos concretando lo del evento, y así cuando volvamos a encontrarnos, si os parece bien, podemos empezar a hablar de

las primeras y diferentes bandas que se movieron por la ciudad y también de los integrantes y por supuesto de sus rivalidades, que en ocasiones acabaron en duros enfrentamientos. Seguro que saldrán algunas chicas y compañeras de ellos con las relaciones que se produjeron y que quizás aún se puedan detectar algunas de sus posibles huellas en la *city* y, como no, del inolvidable Cosmos.

—Phil, que es como un libro —continuó Sugar mientras fijaba su mirada en Machaca, para añadir seguidamente el comentario de que— más tú, inestimable y perspicaz amigo, que eres como una especie de caimán irónico, que usabas y estoy seguro de que sigues utilizando tus afiladas mandíbulas para acarrear dentelladas con tus mordaces y satíricas palabras, Machaca. Sé que siempre tuviste la suerte de moverte por todos los ambientes y sabes más que, como vulgarmente se acostumbra a decir, «los ratones colorados». Eres otra fuente más que fiable de información, ya que tienes la fortuna de acordarte de muchos sucesos y anécdotas que sucedieron. En principio si no sucede algún imprevisto o contra tiempo el viernes próximo volvemos a encontrarnos.

Después de un efusivo apretón de manos, se dirigieron a pagar la cuenta, pero la sonrisa entrecortada y la señal del pícaro ojo derecho de Machaca dieron el siguiente mensaje de aprobación con un «está todo pagado» como respuesta del encargado del Niágara Falls. En la puerta del local, una vez ya en la calle, Machaca les dijo cuando se despedía tanto de Phil como de Sugar que hasta el próximo viernes y, si por casualidad dejáis de venir, que sea por vuestra culpa.

—¡Qué gracioso es este Machaca!

—Sí, sí que lo es, pero gasta con sus bromas malintencionadas una mala leche, como esta última frase que ha utilizado hoy para despedirse, que tiene la misma mala baba de antes. Al parecer esta fina y sutil cualidad la ha ido aumentando con el paso de los años.

«Este deslenguado caimán va a dar mucho juego a las conversaciones, porque sigue abriendo las mandíbulas para dar dentelladas sin recapacitar mucho en las consecuencias de sus comentarios, que digo mucho, nada», pensaba Sugar e iba recapacitando mientras continuaba caminando cuando repentinamente empezó a tararear otra vez la letra de la canción de los the Cats «Vaya Con Dios», a la que Sugar añadió exteriorizando con una voz tenue: «Vaya con Dios, vaya con Dios, ¡Machaca!». «Vaya con Dios, mi Machaca», acompañada de su sonrisa.

Los tres finalmente se marcharon positivamente animados y un poco pensativos, ya que una especie de revuelo los había invadido despertando sus emociones durante el corto periodo de su reencuentro, y que les hacía estar interiormente inquietos y a la misma vez expectativos para el próximo encuentro.